

En el Parque de las Esculturas*

MARIO ARNELLO R.**

Es un privilegio —que agradezco desde lo más hondo de mi espíritu— participar esta tarde en una de las iniciativas más loables y valiosas, en los afanes de afirmar y valorizar la identidad cultural chilena. Y no se extrañen que siendo uno de los invitados a este acto inaugural, en mi doble condición de Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y de Vicepresidente ejecutivo del Consejo de Monumentos Nacionales, pueda elogiar esta iniciativa. Lo hago porque ella corresponde fundamentalmente a la Alcaldesa de Providencia, Sra. Carmen Grez, a la colaboración de mi antecesor, Enrique Campos Menéndez y, por cierto, respecto a la escultura que inauguramos, a la cooperación y patrocinio del Citibank N.A.

Es un privilegio, en el que todos los presentes participamos, inaugurar este parque destinado a acoger esculturas de destacados artistas chilenos, e inaugurar esta tarde la primera de ellas: la *madre tierra* de Marta Colvin.

Todo se conjuga aquí para realzar la profunda significación de este acto. Significa valorar la cultura, como un bien personal, social y nacional insustituible. Un bien que levanta al hombre sobre sus raíces y su materia, que expande su mente y su espíritu, que lo hace trascender en niveles superiores del ser, en sus esperanzas, sus sentimientos y sus desvelos.

*Texto del discurso que el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, Mario Arnello Romo, pronunció con motivo de la inauguración del Museo de Esculturas al Aire Libre en el Parque Providencia, de Santiago, el 17 de diciembre de 1986.

**Director de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Significa impulsar la comprensión del arte, en su perenne e inagotable búsqueda de la belleza, como expresión superior de una cultura más alta, y, sin duda, como la más universal de sus creaciones.

Significa, dignificar el valor mismo del rol municipal, trayendo arte y cultura a los espacios abiertos para el descanso de las personas, dando sentido espiritual a su tiempo, comprensión a su mente, y sentido de responsabilidad común en la preservación de su patrimonio nacional.

Significa traer el arte a la plaza pública y cumplir uno de los fines esenciales del arte: producir esa catarsis necesaria en quienes contemplan la obra de arte, para que la belleza llegue al espíritu con su mensaje y con su creación.

Esta tarde, en este paraje abierto, junto al río Mapocho —escaso, pero numeroso, variable y sorpresivo—, terco en sostener su importancia histórica en el desarrollo de nuestra cultura; abierto, a la vista inagotable de la imponente cordillera; en este paraje, en consecuencia, que reúne elementos fundamentales de la tierra chilena, inauguramos la escultura de Marta Colvin, que nos trae acentos telúricos y arte eximio. Es decir, dos componentes de nuestra cultura.

Inaugurar una escultura de Marta Colvin en este paraje escogido, es un privilegio inmerecido.

Marta Colvin es una escultora de excepción, Premio Nacional de Arte. Su obra ha merecido el aplauso, la valoración y el reconocimiento en Europa y en la América toda, además de ser un legítimo orgullo para nosotros, los chilenos. Sus esculturas han sido premiadas en Londres, París, São Paulo, Santiago, La Paz. Se exhiben en Museos de Francia, Bélgica, Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Brasil y Chile, y en museos al aire libre junto al Sena y en bosques de Francia.

“Marta Colvin —dice Ionel Jianou— pertenece a la raza de los constructores de espacios. Sus esculturas parecen salir de un tumulto de rocas. Contienen la fuerza y la solidez de arquetipos originales”.

“Ellas crean un universo con la energía de una imperiosa afirmación”.

Esa afirmación imperiosa surge nítida en todas sus obras, al conjuro de una fuerza espiritual inigualable y de una pujante comunión con la vertebral cordillera americana.

Marta Colvin recorre las montañas, buscando en grandes bloques de piedra, en rocas siderales, una relación de armonía que nadie sino ella capta.

Con su martillo pequeño en sus manos creadoras, busca respuestas, ecos, vibraciones, en un diálogo misterioso con lo que otros creemos materia inerte. Su intuición capta las relaciones armónicas que yacen en las cosas

mismas; y su genio creador hace surgir la belleza, con su sello personal, con su semilla americana, pero con su categoría y valor universal.

La obra de arte que surge del alma de Marta Colvin, que labran al unísono sus manos y el pulso de sus arterias, su visión recóndita, puede incorporar elementos de su tiempo y de su cultura, o factores de su entorno... o, incluso, exigencias de los materiales que su arte transforma. Pero, la obra de arte jamás será un esquema, sino, siempre será una criatura viva: con la vivacidad individual de su creadora, y con la elevación universal de la belleza.

Sabemos, desde Aristóteles, que la belleza es analógica, y, por lo tanto, es realizable de diversas maneras.

La manera de Marta Colvin para realizarla, se define por su voluntad de poder que talla con pasión la piedra o la madera, o conduce al bronce, haciendo despertar las energías y la voz que en la materia yacen en potencia.

En los viejos bosques de la Galia, otrora extensiones de hiperbóreos, sus bloques de madera con la cuarta dimensión del movimiento señalan su arte, pero, a la vez, su acentuada semilla americana.

En las orillas del Sena, su signo solar se enciende en el bronce labrado de sus manos, y los críticos de arte que lo aplauden, resaltan justamente esa semilla americana.

Y de la piedra, Marta Colvin extrae lo esencial. El espíritu no se refleja en una mimesis literaria, sino que salta por contraste en los volúmenes de duras aristas, o en los planos compuestos por fuerzas en pugna, o en ritmos que invocan la energía cósmica.

La piedra, dura, monumental, no es en la escultura de Marta Colvin un arte paleolítico, es una relación de armonía y de fuerza.

Usará el granito gris y frío, intemporal, si se trata de hacer surgir en la piedra escultórica el frío y duro espíritu de los templarios.

O usará esta piedra cálida, invocación de la sangre americana, para dar vida y sentido augural a la madre tierra nuestra.

La madre tierra americana ha parido con dolor las montañas que forman la cordillera vertebral de América. En su regazo y en sus manos, se siguen formando. El anillo abierto de su vientre, abre la vista a la montaña eterna, integrándola al significado de la escultura misma.

Tal como el orden surge del caos y le sucede, desde la madre tierra surge, al conjuro telúrico, la cordillera vertebral de América. Marta Colvin repite el parto colosal de la formación de América porque en ella, su semilla americana y su voluntad chilena, tienen esa afirmación imperiosa y ese genio creador inmarcesible.

Así se alza, viva entre nosotros, esta roca áspera, esta fuente granítica de América, campanario y vértice, de la tierra nuestra.

Pero la desnuda roca no es inerte, ni inmóvil, ni fija en sus tres dimensiones esculturales. La luz, el sol, la luna, la niebla, la lluvia, la penumbra, revelan su cuarta dimensión, su movimiento eterno.

La obra está aquí, sola, separada ya de su creadora. "Soledad de piedra junto a la piedra,
en el aire que mantiénela suspendida..."

Desde el paraje junto al río, escaso, pero rumoroso, y en ocasiones agreste, rebelde, agresivo, el arte de Marta Colvin invoca el impulso de la cordillera.

Líneas puras, rectas o curvas, pero limpias... Volúmenes que levantan la mimesis creadora de la estructura telúrica andina. "Soledad de piedra en cada perfil silencioso".

Detrás de la escultura, los Andes manifiesta su presencia. "Granito vertical",
"Vértebra erguida"... "Catedral alba".

Marta Colvin, la realidad exterior y su visión interior, labran, con su martillo y cincel, un arte perdurable. En este parque los chilenos podremos contemplarlo.